

Los consuelos que proporcionaba á Francisco de Sales el ejercicio de su ministerio dentro y fuera de su familia, no le hacian olvidar el estudio de las ciencias eclesiásticas. Comprendia que el sacerdote, depositario de la ley divina y encargado de enseñarla á los otros, es, por su estado, hombre de ciencia; que debe no solamente haber estudiado antes de entrar en sus funciones, sino aun estudiar sin cesar durante el ejercicio de su ministerio, tanto para no perder los conocimientos adquiridos, como para añadir nuevos á lo que ya sabe; y por esto, en medio de sus numerosos trabajos, se reservaba cada dia un tiempo señalado para el estudio, y lo empleaba muy ordinariamente en leer y meditar la *Suma* de Santo Tomás.

Así la poseia de una manera notable, y dos circunstancias le pusieron, aun en esta época, en ocasion de dar de ello pruebas públicas y solemnes. Dos jóvenes estudiantes de teología, llegados hacia poco de la Universidad de Lovaina, y deseosos de probar á su patria los grandes estudios que habian hecho en esta sábia escuela, desearon sostener una tesis pública sobre toda la *Suma* del santo Doctor. Pero para presidir este ejercicio necesitaban un hombre que, poseyendo perfectamente la materia, fuera capaz de dirigir la discusion, y de aclarar en caso de necesidad las dificultades que surgieran. Este hombre, todos unánimemente lo designaron; era el Prepósito del cabildo. Fueron, pues, á rogarle que aceptase la presidencia; mas Francisco, atento á la observancia de la mas fina cortesía, sobre todo cuando se conformaba con las inspiraciones de su modestia, procuró desde luego declinar este honor, alegando que no era doctor en teología, y que la presidencia pertenecia de derecho á los canónigos de la catedral condecorados con este título. Pero habiéndole contestado los dos jóvenes eclesiásticos, que estaban seguros del consentimiento del cabildo, y que su negativa afligiria á todas las personas sábias de Annecy, que se felicitaban por verle presidir la tesis, se rindió á tan instantes solicitudes. La sesion tuvo lugar en la gran sala del colegio,

en presencia de una numerosa asamblea; todos los teólogos de la ciudad y de los alrededores acudieron, y algunos atacaron vigorosamente á los jóvenes candidatos. Estos contestaron con talento, y durante largo tiempo hubo entre los unos y los otros una lucha del mas alto interés, un tiroteo animado de argumentos poderosos y de respuestas igualmente sólidas, que tenian como en suspenso á todos los testigos del combate. Nadie, sin embargo, en esta sesion interesó tan vivamente al auditorio como el sábio Prepósito, el cual dominaba sobre unos y otros, tanto por su ciencia como por su talento. Cuando en el calor de la argumentacion, se sumian en oscuridades, donde el agresor y el que respondia iban á encontrarse igualmente embarazados, tomaba la palabra para disipar las tinieblas que se formaban sobre la materia en cuestion, y distinguía, segun su método acostumbrado, los diferentes puntos de vista de la discusion, tratándolos separadamente, evitando todo equívoco ó ambigüedad. Ayudado de esta marcha que es la que aconseja el buen juicio, resolvía pronto y profundamente las mas difíciles objeciones, y esponia la verdad con una claridad que la hacia evidente (1).

Poco despues de esta tesis famosa, otra ocasion se presentó que no hizo brillar menos sus grandes luces en la ciencia teológica. Habiendo vacado el curato del *Petit-Bornand*, parroquia situada en un pais montañoso del *Faucigny*, cerca de *Bonneville*, el Obispo de Ginebra escitó á Francisco á que concurriera á aquel beneficio, porque como los canónigos de la catedral, despojados por los ginebrinos de la mayor parte de los bienes del cabildo, apenas tenian con qué subvenir á su manutencion, la Santa Sede les habia autorizado á unir un curato á su canongía, con condicion de sostener en aquel un vicario, caso de que no fuesen á residir en él ellos mismos. El Prepósito siguió el consejo de su Obispo, al cual se habian unido las solicitudes de sus amigos, tanto mas voluntariamente, cuan-

(1) Carlos Aug., p. 69 y 70.—La Riviere, p. 120.

to que las grandes limosnas que su caridad derramaba por todas partes, le reducian á una verdadera pobreza. Se hizo, pues, inscribir para el concurso, y en el día fijado, se presentó delante del Obispo y de los examinadores encargados de adjudicar la palma al mas digno. Se encontró solo así que se supo que entraba en liza; todos los concurrentes se habian retirado del combate, no atreviéndose nadie á medirse con tan poderoso adversario. El Obispo le mandó esponer los principios de la teología sobre el sacramento de la Eucaristía; hizo un discurso en latin, en el cual la erudicion y la claridad de ideas no se hicieron notar menos que el orden y la fuerza de los razonamientos. Fue en su consecuencia provisto en él el curato vacante, pero esta victoria no fue adquirida sin amargura. Un canónigo de la catedral, pretendiendo tener sobre aquel curato un derecho fuera de todo concurso, se lo disputó, hasta cerrarle las puertas de la iglesia cuando fue á tomar posesion, siendo necesario, para entrar en el goce de aquel beneficio, no solamente una sentencia del tribunal del Ordinario, sino hasta una decision de Roma y del senado de Chambery; no habiendo querido el obstinado canónigo desistir sino despues de agotados todos los grados de la jurisdiccion (1).

Entre tanto el Obispo de Ginebra, admirando cada vez mas el mérito del Preósito, tomaba su consejo en todas las dificultades que encontraba en su administracion, y era notorio á todos que consideraba sus palabras como oráculos (2). Esta entera confianza de un superior para con un inferior despertó la envidia, como sucede con frecuencia en semejantes casos. Hubo hombres que, no pudiendo soportar el afecto y el favor de que el santo sacerdote era objeto sin haberlo ambicionado nunca, procuraron desconceptuarle en el juicio del venerable prelado. Le decian que era un censor perpétuo que desaprobaba su manera de obrar y gobernar, si no en términos positivos, á lo me-

(1) Carlos Aug., p. 70 y 71.

(2) Dep. de Biord.

nos con espresiones equívocas y malignas, tanto mas pérfidas cuanto que hacian la crítica mas picante; un intrigante que se constituia en señor y queria elevarse sobre su Obispo; que tenia el arte de ganar al pueblo, haciéndose seguir y aplaudir con perjuicio de la dignidad episcopal, de la cual parecia no hacer caso; y que era, en fin, un reformador que queria cambiarlo todo, trasformándolo segun las ideas de su amor propio, y al cual importaba mucho contener, si no querian arrepentirse mas tarde de una escesiva indulgencia para con él. Para apoyar estas odiosas imputaciones, le achacaban un espíritu de hostilidad que se le suponía como inherente á la familia, y se recordaba con este motivo la violenta oposicion que uno de sus próximos parientes habia hecho en otro tiempo al mismo Claudio Granerio, cuando era aún prior en Talloires. El venerable Obispo, demasiado caritativo para prestar entera fe á sus quejas y demasiado prudente para hacer nada que fuese ruidoso, dejó decir y guardó silencio, esperando á que el tiempo, disipando la nube, descubriera la verdad en todo su esplendor, y no dando crédito al mal sino con buenas pruebas (1). Sin embargo, sin darse cuenta de ello y como á pesar suyo, no demostraba ya á su querido hijo un afecto tan tierno como antes. El Preósito lo notó bien pronto, y un cierto aire de frialdad le hizo conocer, sin poderlo dudar, que su Obispo no era el mismo para él. Pero fuerte con el testimonio de su conciencia, sufrió en silencio esta prueba, sin dejar entrever, ni al Obispo ni á nadie, que comprendia el cambio que se habia obrado con respecto á su persona, y continuó llenando, como antes, sus funciones ordinarias, asistiendo regularmente á las juntas de que formaba parte para la administracion de los negocios eclesiásticos. Por fin el Obispo, fatigado de las prevenciones que procuraban inspirarle contra un hombre á quien no podía menos de amar, le llamó un dia aparte, y le descubrió con franqueza todo lo que

(1) *Vida de Claudio Granier*, p. 144.

guardaba en el corazón. El Preósito oyó sus acusaciones con una serenidad de rostro donde se leía toda la paz de su alma, y con ese aire de candor y confianza que no puede disimular una conciencia culpable. Trató en seguida de responder á cada artículo de la acusacion; pero el Obispo no le dejó continuar, convencido de su inocencia, y rehusando escuchar una justificacion innecesaria, se quejó con indignacion de los calumniadores, que habiendo querido ajar una virtud tan pura, dijo que no solamente les retiraba para siempre su confianza, sino que iba á alejarlos de sí, y á usar contra ellos de todos los medios que estaban en su poder. El santo sacerdote, afligido por el golpe que iba á herirlos, tomó al punto su defensa, como si hubieran sido sus mejores amigos; instó al Obispo á que los perdonara; y viendo la insistencia de este en perseguirlos como hombres culpables y peligrosos, se arrojó á sus piés para solicitar su perdon, poniendo aún mas celo en excusarlos, que ellos habian puesto en perderle. Así se vengan los santos (1).

Bien diferente de sus detractores, que abandonaban su alma á la malignidad de la envidia, Francisco de Sales no se ocupaba sino de los medios de hacer florecer por todas partes la religion y la virtud. Deseaba sobre todo mantener en su primera piedad la cofradía de la Cruz, que habia fundado; y comprendiendo que en la vida cristiana, el hombre acaba bien pronto por no hacerle impresion lo que hace todos los días, si no está reanimado de tiempo en tiempo por alguna cosa extraordinaria, concibió el proyecto de conducir en peregrinacion á Aix, en Saboya, á los miembros de la cofradía (2). Esta ciudad, situada á 20 kilómetros de Annecy, tenia la dicha de poseer una reliquia insigne de la verdadera cruz, que habia sido traída cuando las primeras Cruzadas por un señor de Aix, á su regreso de la Tierra Santa; y los numerosos milagros con que Dios

(1) Carlos Aug., p. 71 y 72.—La Madre Chaugy, p. 28.

(2) *Memorias de Besson*, p. 319.

la habia honrado, habian hecho se la tuviera en singular veneracion en todo el pais. El Preósito, convencido de que el fervor de todos los cofrades ganaria mucho con venir á orar y meditar ante este precioso recuerdo de la Pasion del Salvador, les propuso su piadoso designio. Una acojida favorable fue hecha á su proposicion, y al punto se ocupó en prevenirlo y arreglarlo todo para hacer santamente esta peregrinacion. La cofradía de la Cruz, establecida en Chambéry bajo el modelo de la de Annecy, cuyos estatutos habia adoptado, no bien lo hubo sabido, cuando recibiendo con gusto todos los miembros este saludable pensamiento, quisieron ser de la partida é ir tambien á Aix, no solo para venerar la Cruz en compañía de los piadosos peregrinos, sino para establecer con ellos una union de caridad fraternal. El senador Favre, uno de los principales de la cofradía, hizo preguntar al Preósito el dia y la hora en que esperaba llegar á Aix, y el orden que le parecia oportuno se observara en todo el camino. Nada mas edificante que el reglamento trazado para este objeto por el hombre de Dios. «El orden de la marcha, respondió al senador Favre (1), será semejante al de la procesion de que habeis »sido testigo cuando vinisteis á Annecy; cantaremos, como »entonces, las Letanías de Jesus Crucificado, é iremos con »los piés descalzos, si no todo el camino, á lo menos algunas leguas, por respeto á la santidad del santuario que »vamos á visitar; de este santuario que hace tan venerable el preciosísimo madero, sobre el cual Dios se ha mostrado á nuestros padres con una caridad mas ardiente »que en la zarza de Moisés.... Durante la refaccion que »tomaremos en el camino para reparar nuestras fuerzas, »se observará mucha modestia y frugalidad, y se harán »algunas lecturas piadosas, para que ningun discurso profano se mezcle en tan santa peregrinacion.... Llegaremos á Aix el 31 de junio hácia las diez ó las once, y »asistiremos á la Misa antes del medio dia en la iglesia de

(1) Carlos Aug., p. 72 y sig.

»la Santa Cruz. Allí, mi querido hermano, será confirmada
 »mas y mas nuestra fraternidad, puesto que vamos á es-
 »trechar nuestros vínculos ante este madero sagrado, que
 »ha reconciliado y unido tan estrechamente el cielo con
 »la tierra..... Mi muy amable, muy querido y muy buen
 »hermano, ¡que Jesus crucificado os sea favorable! Todos
 »nosotros os saludamos, como tambien á todos los demás
 »hijos de la santa Cruz. *Esperamos estar bien pronto con*
»vosotros y hablaros, á fin de que nuestra alegría sea plena
»y entera en el Señor.» (1)

El senador Favre leyó esta carta tan edificante á la
 cofradía de Chambéry, y todas las disposiciones que con-
 tenia fueron adoptadas con alegría. Por su parte los cofra-
 des de Annecy en el dia indicado, despues de haber oido
 muy de mañana la Misa del Preósito en su iglesia, se
 pusieron en camino, precedidos de una gran cruz que lle-
 vaba uno de ellos, teniendo á derecha é izquierda otros
 dos cofrades que llevaban en la mano un cirio encendido.
 Detrás de este sagrado estandarte marchaban todos con
 los piés descalzos, de dos en dos, vestidos con el hábito de
 penitencia, y cantando las Letanías alternativamente con
 los músicos. El Preósito, con los piés descalzos como los
 demás, y solo con el rostro descubierto, pero con los ojos
 modestamente bajos, cerraba la procesion por su cualidad
 de prior. Estaba revestido de una sobrepelliz, teniendo á
 sus lados á dos asesores, y seguido de una multitud de fie-
 les de uno y otro sexo que, con el rosario ó un libro de
 oraciones en la mano, caminaban con tanta modestia, que
 no se los podia mirar sin sentirse penetrados de devocion.
 Fueron así hasta Alby, que está á la mitad del camino, y
 despues de haber tomado un refrigerio del modo que el
 Preósito habia dispuesto, se volvieron á poner en cami-
 no. A cosa de medio kilómetro de Aix encontraron á los
 cofrades de Chambéry, que venian procesionalmente á
 unirse á la piadosa compañía. Se dieron pruebas recípro-

(1) II Ep. Joan., v. 12.

cas y reiteradas de una amistad santa, y luego volvió á
 ponerse en marcha la procesion, dirigiéndose directamen-
 te á la iglesia de la Santa Cruz. Allí se espuso á la vene-
 racion de los devotos peregrinos el madero sagrado de la
 Cruz, y despues de la Misa, que fue cantada solemnemen-
 te, cada uno de los asistentes fue admitido á besar la pre-
 ciosa reliquia. «Imposible es describir, decia Francisco
 »despues (1), cuánta devocion inspiró esta ceremonia en
 »las dos cofradías, y cuántas santas resoluciones hizo na-
 »cer de vivir mejor en adelante, acompañadas de un sin-
 »cero arrepentimiento de la vida pasada; y no hubo ni
 »uno solo que no derramase lágrimas á la vista de aquella
 »preciosa prenda del amor de Jesucristo á los hombres.»
 El piadoso Preósito, mas que todos, esperimentó en esta
 ocasion un aumento de fervor, y renovó con toda su alma,
 en presencia de la Cruz, la resolucion de vivir como discí-
 pulo de Jesus crucificado.

Tantos hermosos sentimientos crecieron y se afirma-
 ron aún mas bajo la accion poderosa de la palabra del Pa-
 dre Querubin, santo religioso de la Orden de Capuchinos,
 que pronunció con este motivo un discurso propio para
 encender todos los corazones. De ahí se pasó á la union
 proyectada de las cofradías de Annecy y de Chambéry,
 estableciendo las dos una alianza de caridad fraternal en el
 nombre de Jesucristo y bajo la direccion de Francisco de
 Sales, á quien adoptaron por su comun padre. El Santo
 mismo se unió al P. Querubin con una amistad íntima,
 cuyos felices efectos veremos en el trascurso de esta his-
 toria. Así terminó dichosamente para todos esta primera
 jornada doblemente deliciosa, y como un gusto anticipado
 de las alegrías del cielo, por el amor divino que santifica
 todos los momentos, y como una escena viva de la Iglesia
 primitiva por la caridad, que forma de todas las almas
 una sola y de todos los corazones un solo corazon (2).

(1) *Estandarte de la Cruz*, lib. I, c. VIII.

(2) Carlos Aug., p. 74 y sig.

Al día siguiente todos los cofrades, tan bien preparados por los ejercicios de la víspera, se aproximaron á la santa mesa, y permanecieron largo tiempo en la iglesia, entregándose á las tiernas efusiones de su piedad delante de la santa reliquia, y renovando su resolucion de ser todos de Dios. Cumplido el objeto de su peregrinacion, se dispusieron á la vuelta; y habiéndoles pedido un venerable anciano que habia asistido á toda esta hermosa ceremonia, el Baron de Cussy, como una gracia, que tomasen á la vuelta el camino que pasaba por sus tierras, se rindieron á sus instancias, tanto mas voluntariamente cuanto que el camino era mas corto, y su castillo un lugar mas conveniente para descansar y tomar un poco de alimento.

La procesion, al salir de Aix, tomó el camino de Cussy, acompañada del senador Favre y de otros varios cofrades de Chambery, que quisieron seguirla para edificarse. A las cuatro de la tarde, habiendo llegado á la eminencia donde está situado el castillo, suspendieron sus oraciones y sus piadosos cánticos, pues era el momento de hacer descansar el espíritu con una inocente recreacion, y de fortalecer el cuerpo con el alimento. Mientras se preparaba la comida, el Baron propuso bajar á la inmensa selva que habia al pie de la colina, sobre las orillas del Chéran, y pasear allí por los senderos tortuosos que habia trazado él mismo. Todos aceptaron esta invitacion con alegría, pero los sentimientos de piedad dominaban de tal suerte á aquellas almas, que el paseo mismo fue un ejercicio piadoso. Todos grabaron sobre la corteza de los árboles la figura de la cruz con el nombre de su santo patrono; y luego, cediendo á los sentimientos religiosos que inspiran la soledad, el silencio, la sombra de aquellos grandes árboles, cuyas frondosas ramas formaban como la bóveda de un templo, todos cayeron de rodillas, y se pusieron á orar en un santo recogimiento. Fue necesario que el piadoso Prepósito, su conductor, les llamara, para que subiesen á la colina á tomar su comida, y lo hizo con una ama-

bilidad tan santa como ingeniosa. «Hermanos míos, les »dijo, vednos aquí en medio de las tinieblas y de las som- »bras de la muerte; salgamos, y vayamos á la montaña del »Señor; pero la montaña del Señor ¿cuál es sino el Calva- »rio, adonde subió cargado con su cruz? Nosotros debemos »seguirle, puesto que ha dicho: *El que no viene en pos de »mí llevando su cruz, no es digno de mí* (1). Ved aquí »cruces, casi todas hechas ó fáciles de hacer; llevemos »cada uno la nuestra hasta lo alto de la colina, y sigamos »en espíritu, por medio de la meditacion, á Nuestro Señor »subiendo al Calvario.» Cada uno escogió en seguida entre las ramas de los árboles de la selva recientemente cortadas, aquellas que tenian mas la forma de una cruz, ó que se podia fácilmente formar, y hecha esta eleccion, todos, con la cruz sobre los hombros, subieron con un religioso silencio á la colina que conducia al castillo. Llegados á la cima depusieron sus cruces, y entraron en la sala del convite, donde una magnífica comida los esperaba. «¿Qué es »esto? exclamó el Prepósito con una amable sonrisa. He- »mos creído subir al Calvario, y nos encontramos en el »Tabor; así es como *por muchas tribulaciones se llega al »reino de los cielos* (2), y así *ha sido necesario que Jesucris- »to sufriera y entrara por ella en su gloria.*» (3) Todos los cofrades, conmovidos por estas palabras del santo sacerdote, que sabia aprovecharse de todo para elevar las almas á Dios, se pusieron á la mesa con el corazón embalsamado de piedad, no hablando durante toda la comida sino de la gloria celestial, y del festin de las bodas del Cordero (4), reservado á los que hayan llevado animosamente su cruz durante su vida. Por su parte el Baron de Cussy, arrebatado con tan santos discursos, se comparaba á Abraham, que habia dado de comer á los ángeles de Dios, y conside-

(1) Luc., XIV, 27.

(2) Act., XIV, 21.

(3) Luc., XIV, 26.

(4) Apoc., XIX, 9.

raba felices todos los momentos que le concedía una sociedad tan santa. La noche, que se aproximaba, no permitía la partida, y tuvo la dicha de tener consigo á sus huéspedes hasta la mañana siguiente, y entonces, despues de los adioses mas tiernos y fraternales, tanto al Baron como á los cofrades de Chambery que los habian acompañado hasta allí, partieron para Annecy, adonde llegaron felizmente, tan consolados como edificados de tan piadosa peregrinacion (1).

El Prepósito, cuyo celo no admitia reposo, se entregó el mismo dia al ejercicio de su ministerio, siempre pronto á ir á donde le llamaban, y siempre atrayendo á la multitud ávida de oírle. El 10 de agosto, rogado por el cura de Annecy-el-Antiguo para ayudarle á celebrar la fiesta del patrono San Lorenzo, se rindió á los deseos de este digno pastor. El placer de ver celebrar al hombre de Dios y oír su sermon, unido á la proximidad de esta parroquia, que no dista sino un kilómetro de Annecy, atrajo en su seguimiento una multitud inmensa. A la vista de esta multitud, comprendiendo que cuanto mas numerosa es la reunion mas hay que temer los desórdenes, de que con frecuencia son ocasion estas fiestas, resolvió detener á todo el pueblo en la iglesia la mayor parte del dia, disponiendo de tal suerte los oficios, los sermones, el catecismo, la procesion y bendicion del Santísimo Sacramento, que no les quedó tiempo para ir á los bailes, los juegos y las tabernas. El proyecto era bello, su ejecucion difícil; pero el hombre de Dios supo tan perfectamente coordinar estas cosas, é interesar tan constantemente á todos los asistentes, que olvidaron las diversiones profanas por disfrutar sin mezcla estas puras alegrías de la religion, á las cuales nada de la tierra es comparable; y así aquella fiesta del santo patrono, en la que se temian abusos, fue un dia feliz para la piedad y la virtud (2).

(1) Carlos Aug., p. 75 y sig.

(2) Año santa de la Visitacion, 10 de agosto.

CAPITULO II.

Mision del Chablais, y obstáculos que esperimento en los principios.

(De 1594 á 1595.)

Mientras que Francisco de Sales se entregaba con un ardor infatigable á los trabajos de su ministerio, la Provincia abrió ante él un filon inesperado; este fué la provincia del Chablais, que despues de haber sido largo tiempo devastada por la guerra y la herejía, pudo por fin, á favor de una tregua, ser confiada al celo apostólico que ardía en su corazon. Para comprender bien esto, es necesario tomar las cosas de mas lejos (1).

En el año de 1536, los protestantes del canton de Berna, que llevaban el celo de su secta hasta el frenesí, aprovechando el momento en que Carlos III, Duque de Saboya, estaba ocupado en la guerra contra Francisco I, que le habia arrebatado una parte de sus estados, hicieron á su vez una invasion en el pais de Vaud, de Gex y de Ternier, y el apoderarse de ellos fue solo negocio de algunos dias. Desde allí, siguiendo sus conquistas sin obstáculo, se hicieron dueños del Chablais hasta Thonon, y dividieron todos los paises conquistados mas allá del lago de Ginebra en cuatro distritos, los de Thonon, Ternier, Gaillard y Gex (2). Durante las primeras semanas, permitieron el libre ejercicio de la religion; pero habiendo las predicaciones de sus ministros, enviados para arrastrar estas poblaciones á la herejía, ocasionado un gran tumulto en la ciudad de Thonon, que no queria de ningun modo oír-

(1) Carta XLIX.—*El Apóstol del Chablais*, por Mr. de Baudry, t. I, p. 1 y siguientes.

(2) Dict. de Sav., t. II, p. 18; t. III, p. 412.